

La antropología en el México de hoy

Mis primeros contactos con la antropología mexicana se produjeron a partir del mes de septiembre de 1951 en que, como becario del CSIC llegaba al Distrito Federal para continuar una investigación iniciada un año antes en el Museo del Hombre de París. Esa investigación la iba a desarrollar en el Museo Nacional de Antropología de México que por aquellos años se hallaba en el recinto del Palacio Nacional, en la calle Moneda 13, en el «mero» centro de la ciudad de México, al lado mismo del Zócalo, de la Catedral y del Templo Mayor de los aztecas. Lo que entonces se vivía en México, en relación con la antropología, eran como los primeros balbuceos entusiastas de una profesión y un campo científico que se estaba introduciendo en el medio intelectual —nacional e internacional— de la época con un gran empuje. En aquellos años la Escuela Nacional de Antropología e Historia (ENAH) tenía ya un gran prestigio y atraía a multitud de estudiantes de América Latina e incluso de Europa y Estados Unidos.

En las páginas que siguen trataremos de demostrar que el peso de la antropología en la constitución del México de hoy es decisivo. Pero, para entender esa afirmación, quizás demasiado rotunda, no hay que considerar la antropología solamente como una disciplina académica, o como una profesión, sino más bien como una actitud vital, en la que el componente ideológico supera a cualquier otro, llevando en muchas ocasiones a sus participantes a tomar una postura política de características claramente «izquierdistas», o si se quiere «progresistas».

De otra parte, hay que advertir que el *hoy* al que me voy a referir en este ensayo, es un hoy que abarca por lo menos medio siglo y que, quizá, por eso, en el momento presente se halla al borde de un cambio radical. Es por esa razón por la que, inevitablemente, y no sólo por razones personales, tendré que referirme en las páginas siguientes a hechos que se

remontan a los años 40 y más en concreto a un momento capital en la historia reciente de México, cual es la presidencia de Lázaro Cárdenas, porque aunque esa actitud —ideológica y en ocasiones política— se remonta a mucho más atrás, incluso, como afirma Aguirre Beltrán, al momento inmediatamente posterior a la conquista española, con personajes tan notables y significativos como fray Bernardino de Sahagún, al que muchos de nosotros consideramos como el verdadero «padre» de la antropología, no quiero en esta ocasión adentrarme demasiado en el pasado remoto para explicar el presente problemático. Y aunque es evidente que los planteamientos de Boas y Gamio, en el primer tercio de nuestro siglo, contribuirían de manera sobresaliente al afianzamiento de la antropología en México, no se puede considerar como casual que sea durante o inmediatamente después del sexenio de Lázaro Cárdenas, cuando nacen varias de las más importantes instituciones que marcarán el signo antropológico del quehacer intelectual del México moderno.

Las instituciones a las que me refiero, todas ellas fundadas entre 1937 y 1942 son las siguientes: el Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH), la Escuela Nacional de Antropología e Historia (ENAH), el Instituto Indigenista Interamericano (III), con sede en México, organismo panamericano creado a raíz del Primer Congreso Indigenista Interamericano, celebrado en Pátzcuaro en 1940 y que articula el movimiento indigenista a escala continental, y con el que se relaciona el Instituto Nacional Indigenista (INI) como formulación nacional de ese mismo movimiento indigenista. Esas instituciones constituyen los cuatro pilares fundamentales para comprender esa acción antropológica mexicana, tan determinante a nivel nacional e incluso tan influyente a nivel interamericano. Las cuatro instituciones que en los cincuenta años transcurridos han sufrido avatares múltiples y a veces grandes cambios, perduran en la actualidad y pese a todo lo que se les puede criticar en lo particular, constituyen o siguen constituyendo el fundamento seguro de esa acción antropológica que tiene, indudablemente, un signo claramente indigenista.

Pero, naturalmente, al mismo tiempo que se creaban esas instituciones se convocaba a las personas o bien, al contrario, las personas eran las responsables de la puesta en marcha e incluso del nacimiento de aquellas instituciones. Es así que algunas de las personas que intervienen en ese momento provienen de una etapa anterior: ese es el caso de Manuel Gamio a quien todos reconocen su papel de pionero; pero con él Alfonso Caso y Otón de Mendizábal no son menos influyentes; pero pocos años más jóvenes son entonces Wigberto Jiménez Moreno, Ada d'Aloja, Rubén de la Borbolla o Pablo Martínez del Río y, sobre todo en esos años «clave», se produce una inmigración intelectual muy importante. El fascis-

mo imperante en Europa llevará a México al alemán Paul Kirchhoff que huye del nazismo y a Pedro Bosch-Gimpera y Juan Comas que huyen de la España de Franco. En ese como en otros muchos casos el acierto fue de Cárdenas, quien no solamente tuvo la sensibilidad de acogerles por solidaridad ideológica, sino la habilidad de hacerlo cuando se disponía a emprender un gran esfuerzo nacional de renovación, para lo que requería de un contingente intelectual importante que apoyase todas las reformas proyectadas.

La Escuela Nacional de Antropología e Historia (ENAH) que es la más importante de esas instituciones, reúne en los primeros años de actividad a la mayor parte de los antropólogos mencionados; el Instituto Indigenista Interamericano tendrá por director a Manuel Gamio y como secretario al menorquín Juan Comas; el Instituto Nacional Indigenista será creado y dirigido poco después por el propio Alfonso Caso.

Pero, ¿por qué decimos que toda esa actividad creadora de signo antropológico e indigenista tiene un carácter «izquierdista», un aire de olor todavía revolucionario? No debemos olvidar que Lázaro Cárdenas representa todavía la pureza de la Revolución mexicana, antes de la «burocratización» del PRI. Cárdenas es el presidente que se enfrenta a los Estados Unidos e independiza la producción petrolífera que le dará la fuerza económica para echar adelante al país y, al mismo tiempo, es el presidente de los exiliados. Por esos años llegarán multitud de ilustres europeos empujados por el fascismo, españoles y de otros países. Pero aún hay más y ello es más importante: México es un país postcolonial, con una población indígena muy importante que representa, de algún modo, el estado actual de un pasado glorioso que podría significar la base sobre la cual edificar la «identidad» cultural de la Nación, buscada desde antes de la Independencia; sin embargo, esa población india representa una rémora para el país: hay que alfabetizarla y «modernizarla», para que México pueda progresar. Ahí se halla la primera contradicción.

La antropología, una vez más, será esa «criada para todo» que resuelve los problemas más acuciantes de los políticos. El INAH será principalmente la oficina administradora de las ruinas arqueológicas del país, muy pronto base para un creciente turismo en el que los «gringos» demanden antigüedades y exotismo. El INI y en buena parte el III será la oficina que trate de resolver la situación de esos incómodos y extraños «indígenas». Finalmente, la ENAH será la fábrica que produzca los técnicos para todas esas tareas: antropólogos «aplicados» o *indigenistas* que protejan y eduquen a los indios, arqueólogos que descubran o «inventen» pirámides y más pirámides, etnohistoriadores que construyan el pasado de la nación.

Entre los muchos antropólogos egresados de la Escuela hay que contar con un grupo importante de exiliados españoles que influirán aquí y allá de manera decisiva: Pedro Armillas que pronto pasa a los Estados Unidos donde será maestro de grandes arqueólogos; Claudio Esteva que regresará a España muy pronto y será maestro de etnólogos en Madrid y Barcelona; José Luis Lorenzo que completará su formación en la escuela de Gordon Childe y creará los estudios de prehistoria en México; Pedro Carrasco que pasará a los Estados Unidos renovando los estudios etnohistóricos de México; Santiago Genovés, el único antropólogo físico, discípulo de Comas y Ángel Palerm con dos etapas: una en la OEA en Washington y otra ya en México, donde crea el Centro de Investigaciones Superiores del INAH que desarrollará el espíritu de alta investigación que faltaba en el campo de la antropología mexicana.

No cabe hacer un análisis ideológico de cada uno de los antropólogos mencionados, pero en conjunto, yo diría que el grupo español, junto con uno de sus maestros, Paul Kirchhoff, pertenece a lo que podríamos llamar el «materialismo histórico»: Armillas, Palerm, e incluso Lorenzo. Pero eso sería muy largo de precisar y de matizar. Es indudable, sin embargo, que, cada uno en su ámbito, todos ellos han influido de manera notable en las generaciones más jóvenes de antropólogos mexicanos e incluso norteamericanos y latinoamericanos.

Podría pensarse que la antropología mexicana se desarrolló fundamentalmente fuera del área de la Universidad Nacional Autónoma de México y no es así; porque casi desde sus orígenes el Instituto de Investigaciones Históricas de la UNAM tuvo una Sección de Antropología que estuvo a cargo de Juan Comas. Durante años ese instituto publicó dos revistas: *Anales de Antropología* que dirigía Comas y *Estudios de Cultura Náhuatl* que fundó Ángel M^a Garibay y dirigió después, hasta hoy mismo, Miguel León-Portilla y que, aunque tenían enfoques relativamente diferentes, se movían siempre en un ámbito similar: el de las culturas indígenas de México o del continente. Al cabo de los años se logró independizar la antropología de la historia, creándose el Instituto de Investigaciones Antropológicas, que sobre todo bajo la dirección de Litvak, alcanzó su momento de mayor expansión y quizás esplendor.

Un capítulo aparte merecen los museos, un instrumento de educación popular y yo diría, incluso de «culto» que ha sido el juguete preferido de varios Presidentes de la República en momentos «clave». En concreto, López Mateos (1958-64) es el creador del gran Museo Nacional de Antropología de Chapultepec; claro que, previamente, esa cierta arqueología de pirámides más o menos «inventadas», de *son et lumière* que tanto ha criticado José Luis Lorenzo y que ha sido una de las características de la

arqueología mexicana, tuvo algo que ver con lo que estamos diciendo. El espectáculo preparado por Ignacio Bernal en Teotihuacán a escala de Presidente de la República con un paseo-desfile en coche descubierto por la «Avenida de los Muertos» de la gran urbe del período clásico del México prehispánico, quizá tuvo bastante que ver, junto con los influjos del gran arquitecto Vázquez, para que López Mateos asumiese el parto de ese gran museo. En la inauguración del XXXV Congreso Internacional de Americanistas de 1962, el Presidente lo anunció y dos años después se inauguraba. Se ha dicho que ese museo es realmente un templo, con sus capillas laterales —todas las culturas de Mesoamérica— su capilla central al fondo del maravilloso patio con la gran fuente de piedra y agua, con la Sala Mexica y el altar mayor que dentro de esa sala es el famoso «Calendario azteca» o «Piedra del Sol». Yo he visto a grupos de indios paseando en silencio por las salas del museo. Daba la impresión de que iban en un profundo recogimiento al encuentro con su propio pasado. Aunque criticable en algunos aspectos, ese museo sigue teniendo hoy el mismo valor que tuvo el día de su inauguración hace ya treinta años.

Pasado el tiempo, otro Presidente de la República, José López Portillo, aceptó el reto de «descubrir» (?) el Templo Mayor de la civilización azteca «frente» a la Catedral y en medio del barrio colonial, exponiéndose a una guerra entre indigenistas e hispanistas. La tarea llevada a cabo por Eduardo Matos culminará con la construcción de otro museo, el Museo del Templo Mayor, por lo tanto el de la cultura azteca que, con una estructura totalmente diferente al de Chapultepec, cumple también una misión mística y de culto al lado del Templo Mayor, ya visitable.

Si recordamos el hecho aparentemente tan extraño, sucedido dos siglos antes, por el que la famosa estatua de Coatlicue sería enterrada, una vez descubierta, en el patio de la Universidad, de donde volvería a salir solamente una vez a petición del sabio alemán Alexander von Humboldt, nos encontraremos con que las «antigüedades» son para el pueblo mexicano de un valor semirreligioso, ya que en ellas el pueblo redescubre su auténtica identidad. ¡No importan las contradicciones! Un pueblo no indígena, a lo sumo mestizo, pero fundamentalmente «blanco» u occidental en sus deseos de «modernización» y de incorporación a los círculos más duros del neoliberalismo actual, que defiende la «desaparición» de las culturas indias y su incorporación a esa ambigua «cultura nacional», defiende como una bandera intocable el indigenismo más llamativo y espectacular y la identidad india que tiene su justificación en el glorioso pasado del pueblo azteca.

En el transcurso de este último medio siglo, al que nos estamos refiriendo, hay un momento de inflexión que podemos simbolizar con el año